

LOS DERECHOS HUMANOS ANTE LOS RETOS DEL MUNDO

Es un lunes a las 7 de la mañana, mis padres no están en casa ya que sus trabajos no les permiten hacerlo a menudo. Soy la mayor de 4 hermanos y tengo la responsabilidad de cuidar de ellos. Tengo 16 años, trabajo de camarera por las tardes en el bar de abajo porque el salario de mis padres no alcanza para cubrir los gastos, así contribuyo a la economía familiar. Mientras que por la mañana voy al instituto.

- Samara, ven a mi cuarto y ayúdame con esto- suplica mi hermana cuatro años menor que yo. Suspiro y me froto los ojos para tratar de no quedarme dormida, solamente he dormido tres horas - Se me han roto mis zapatillas y no tengo otras, papá y mamá me van a matar.

-No exageres Carmen, creo que me queda algún par de zapatillas en el armario-asiente y se dirige a buscarlos. En cambio, yo me dirijo a la habitación de mis hermanos a intentar por octava vez que se despierten—Vamos, son ya las 7.10 y no os dará tiempo a desayunar.

- ¿Alguna vez te he dicho lo pesada que llegas a ser a veces? - exclama entre sollozos mi hermano Jaime.

- ¿Y yo lo desagradable que eres? Vamos, en pie.

-Sí, ya vamos.

Tiempo después voy a la cocina a prepararme el sándwich de queso que tanto me gusta. Hasta que de pronto oigo unos golpes provenientes de la puerta.

- Quedaos en vuestras habitaciones y no salgáis si no os digo lo contrario - Aviso con seguridad intentando poner un poco de calma a la situación.

- Sí, ¿quién es? - pregunto con un nudo en la garganta que hace que titubee al decirlo. Decido abrir la puerta, mis manos tiemblan.

- ¿Dónde diablos están tus malditos padres? ¡Necesito que me paguen! De lo contrario ya sabéis donde iréis, ¿hace falta que te recuerde dónde, Samara? - exclamó entre gritos José, nuestro casero.

-No, no hace falta señor. Mis padres trabajan muchas horas al día y apenas están en casa. Cuando lleguen les haré llegar tu mensaje.

-Quiero el dinero entre hoy y mañana, ni un minuto más ni un minuto menos.

Cierro la puerta y entro de nuevo en casa.

-Ya podéis salir- les informo a mis hermanos-. En diez minutos salimos de casa. Todos asienten y se acaban de preparar.

Poco tiempo después llegamos al colegio. Nos despedimos y cada uno se dirige a su determinada aula.

Finalizado el horario escolar, nos ponemos en camino de vuelta casa. Hago la comida y voy bastante rápido comiendo debido a que en una hora comienza mi jornada laboral.

Oigo como alguien entra en casa, miro de reojo la hora, son las dos y media de la tarde, será mamá, pienso.

-Hola cariño, ¿qué tal la mañana? - saluda dándome un cálido abrazo- ¿A qué hora entras hoy?

-Entro a las tres y media- le respondo sonriendo, pero rápidamente aquella sonrisa desaparece al recordar lo que anteriormente me había comentado José- Ha venido el casero por la mañana, me ha exigido que en menos de cuarenta y ocho horas le debemos entregar el dinero- mi madre suspira dos veces antes de responder:

-Este señor no entiende nada, ¿verdad? No creo que consiga el dinero para mañana- se pone las manos en la cabeza demostrando el nivel de frustración que tiene ahora mismo.

-Intentaré pedir hoy un adelanto- trato de calmarla, me duele verla en esta situación. Ella intenta hacer todo lo posible por nosotros. Asiente y se dirige hacia su habitación.

Vuelvo a mirar la hora, faltan quince minutos para comenzar mi turno. Me preparo la bolsa y salgo a la calle. El día se ha vuelto frío, las nubes se extienden por todo el cielo privándonos del sol, y eso me da una sensación de intranquilidad. Mientras voy andando por la calle me fijo en la acera de enfrente, exactamente me fijo en dos hombres. Mantienen una conversación normal hasta que uno empieza a subir el tono, mientras que de un momento a otro me doy cuenta de que otro individuo se saca algo de los pantalones. Temiéndome lo peor me escondo en el primer portal que encuentro intentando buscar refugio. En un abrir y cerrar de ojos oigo muchos gritos. Siento como el corazón me late a mil por hora, cierro los ojos y respiro profundo intentándome calmar debido a lo sucedido. Me espero unos tres segundos antes de abrir los ojos, entonces es cuando lo veo. ¿Mi padre? Alguien lo estaba amenazando. Pienso si será por el dinero que tenemos que entregar. Aún sin poder respirar con normalidad salgo corriendo hacia el bar donde trabajo. Pienso en no abrir la puerta del bar y largarme a mi casa a estudiar y a hacer los deberes, pero no puedo hacerlo, debo ayudar a mi familia. Sin darle más vueltas, abro la puerta. Siento todas las miradas sobre mí. Pienso en cómo le voy a pedir a mi jefe el adelanto que mi familia y yo tanto necesitamos. Voy directa al cuarto donde está mi jefe. Llamo a la puerta.

- ¿Quién es? - pregunta con tono molesto.

- Yo... Samara

- Pasa- decide finalmente. Respiro hondo antes de entrar- ¿Qué quieres Samira?

- Samara señor, me llamo Samara - digo amablemente.

—Sí, continúa, Samara...—dice acompañado de un gesto despreocupado con la mano.

- Mire señor, mi familia y yo no estamos pasando por un buen momento económico. Me preguntaba si usted podría darme un adelanto...

-Eso se me complicaría Samira, no creo que pueda hacerlo.

¿Me ha vuelta a llamar Samira? Y, ¿cómo que no puede hacerlo?

-Señor por favor, lo necesitamos.

-Lo siento chica, pero no podrá ser.

El mundo se me derrumba, me siento totalmente insuficiente. ¿Qué voy a hacer para ayudar a mis padres? No puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada. Salgo de allí destrozada. Minutos después me pongo a trabajar.

Finalmente, a las ocho de la tarde se acaba mi turno. Salgo del bar y me dirijo de vuelta a mi casa con mi familia. Al abrir la puerta de mi casa veo a mis padres hablando, algo no va bien. Intento poner la oreja en su conversación, pero es en vano ya que están hablando con susurros y apenas oigo nada. Voy rumbo a mi habitación hasta que me encuentro a mi hermana Carmen por el camino

- ¿Qué está pasando Samara? Dice preocupada: Papá y mamá hablan horas, y no tienen buena cara.

-Nada hermanita, tranquila. Las zapatillas te han servido, ¿verdad? - intento cambiar de tema lo más rápido posible para que no note mi incomodidad.

-Sí... gracias.

Llego a mi cuarto y hago todos los deberes para el día siguiente. Pero no puedo concentrarme pensando en aquel hombre amenazando a mi padre. Siento que no puedo con tanta presión. Tengo que estar al tanto de mis estudios, de mis hermanos, de mi trabajo y ahora del problema con el dinero de mis padres. Poco después siento mi barriga sonar pidiendo comida. Tengo muchísima hambre, a lo mejor eso ayuda a concentrarme. Decido levantarme y coger una bolsa de patatas. Al finalizar los deberes, me entra mucho sueño y decido ir a la cama a descansar.

Es sábado y hoy no toca ir al insti. Tengo miedo por el ultimátum del casero. Intento aparentar normalidad con mis hermanos mientras desayunamos.

La Constitución dice que todos tenemos derecho a una vivienda digna y si no somos capaces de reunir el dinero suficiente, tal vez en unas horas seamos unos sin techo.

Finalmente, mis padres vuelven de la reunión con el casero. Nos comunican la prórroga del contrato de alquiler que han acordado para poder reunir el dinero suficiente, y, a cambio mi padre le devolverá el favor ayudándolo a arreglar el motor de su coche.

Tiempo después, las cosas mejoraron. Todas las personas tienen el derecho a una vivienda digna y a un trabajo con un salario que permita cubrir sus necesidades básicas.